



MERIDIANO CERO

SILVIA MORENO-GARCIA

minotauro

MERIDIANO CERO

Silvia Moreno-Garcia

minotauro

Meridiano cero

Título original: *Prime Meridian*

Copyright © 2017, Silvia Moreno-Garcia

© Traducción de Estela Peña Molatore, 2024

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Imagen y diseño de cubierta: @Jim Tierney

Revisión: Agencia Yerro

ISBN: 978-84-450-1001-3

Depósito legal: B. 4250-2023

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

1

La estación de metro era un desastre. Esa mañana, sus dos entradas habían sido tomadas de nuevo por una banda de pandilleros, lo que quería decir que tendría que pagar una pequeña «cuota» para poder tomar el tren. Amelia se vio tentada a sacar el dinero, pero nunca se sabía si esos imbéciles también iban a aprovechar para llevarse tu bolsa, tu teléfono celular y cualquier otra cosa que les diera la gana.

Eso significaba que tenía que elegir entre un viaje compartido y el autobús. A Amelia no le gustaba ninguna de las dos opciones. La segunda alternativa era barata, pero tardaría una eternidad en llegar a Coyoacán. El coche también podía tardar un rato, dependiendo de cuánta gente lo parara, pero sin duda sería más rápido.

Había quedado de comer con Fernanda al día siguiente y necesitaba asegurarse de tener suficiente dinero para pagar su parte. Fernanda estaba forrada y lo más probable era que invitara la cuenta, pero Amelia no quería arriesgarse por si Fernanda no se sentía generosa.

Dadas las circunstancias, lo más sensato era tomar el autobús. El problema era que ella había agendado la visita y, si no llegaba antes de las cinco, la penalizarían y le descontarían un porcentaje de su tarifa. La maldita aplicación tenía una función de geolocalizador. Amelia no podía mentir y decir que había llegado a la casa a tiempo.

Lanzó una larga mirada a los pandilleros que estaban junto a la entrada de la estación de metro y sacó su teléfono.

Cinco minutos más tarde llegó su coche. Se alegró al descubrir que solo había otra persona en el auto. La última vez que compartió viaje, se había sentado con cuatro personas, entre ellas, una mujer con un bebé cuyos llantos la ensordecieron.

Amelia subió al vehículo y saludó cortésmente con un gesto de la cabeza al otro pasajero. El hombre apenas se lo devolvió. Vestía un traje gris y llevaba un portafolio que aferraba con una mano mientras sostenía el celular con la otra. Se oían todas esas historias de que los viajes compartidos eran peligrosos —podías subirte a un coche y que te asaltaran, que fueras víctima de un secuestro

expres o que te violaran—, pero Amelia no iba a pagar por un maldito taxi seguro y aquel tipo, al menos, no parecía que fuera a apuntarle con una pistola. Estaba demasiado ocupado hablando por teléfono.

Avanzaron mucho a pesar de la locura habitual del tráfico de Ciudad de México. En Europa había coches automatizados que recorrían las ciudades, pero aquí los choferes seguían teniendo un trabajo. No podían automatizarlo, no con el caos de las calles.

«Marte alberga la montaña más alta del sistema solar. Olympus Mons, de 21 km de altura y 600 km de diámetro», se decía a sí misma mientras el conductor tocaba el claxon. A veces repetía las palabras que conocía en mandarín, pero la mayoría eran datos sobre el planeta rojo. Quería recordarse a sí misma que era real, que existía, que estaba ahí.

Apenas se acercaron a la antigua plaza de Coyoacán, Amelia se bajó del auto de un salto. No tenía sentido quedarse dentro; el vehículo avanzaba a paso de tortuga. Las calles empedradas del barrio no habían sido pensadas para soportar las multitudes que ahora caminaban por el otrora pequeño pueblo.

La plaza que marcaba el centro del viejo Coyoacán estaba repleta de vendedores ambulantes que freían churros y gorditas, u ofrecían bolsas decoradas con el

rostro de Frida Kahlo y rebozos de acrílico fabricados en China. Basura folclórica.

Amelia tomó una calle lateral donde las pulquerías tradicionales habían sido sustituidas por restaurantes de cocina fusión. Coreano-mexicano. Francés-mexicano. *Loquesea*-mexicano. Mexicano-mexicano nunca era suficiente. Un par de cuadras más y llegó a casa de Lucía con cinco minutos de anticipación, carajo, gracias a Dios.

La de Lucía no era una casa cualquiera, sino una casona en toda su extensión, una maravilla histórica que parecía sacada de una película, con rejas de hierro forjado en las ventanas y un patio interior atiborrado de macetas. Adentro era muy parecido: mesas rústicas y talavera pintada a mano. Gritaba *colonial, provinciano, nostálgico* y también *falso*. Era de un estilo artificial, demasiado calculado y recargado en todos y cada uno de los rincones, un involuntario indicio de que la propietaria había sido actriz.

Amelia ya conocía el procedimiento. Entró en la sala con su enorme pantalla y se sentó en uno de los sillones. Lucía ya estaba allí. La mujer solo bebía agua mineral con un gajo de limón. La primera vez que Amelia la visitó, había cometido el error de pedir una Coca-Cola light, lo que le valió una ceja levantada y un agua mineral, porque jódete, Lucía Madrigal decidía lo que bebías y lo que comías (la mayoría de las veces nada, aunque en dos

ocasiones habían colocado pequeños tazones con granos de granada en la mesa cerca de los sillones).

Ese día no había granadas, solo agua mineral y Lucía, ataviada con un vestido verde brillante y un turbante a juego, como el que llevaba Elizabeth Taylor en los años setenta. Esa había sido la época de esplendor de Lucía, y no se había adaptado al estilo de la moda actual; prefería un atuendo de drama barato a la recatada ropa de la tercera edad.

—Hoy vamos a ver mi segunda película, *El cuadro de Marte*. Era muy joven cuando se estrenó, por el sesenta y cinco, así que no es uno de mis mejores papeles —declaró Lucía con tal aplomo que uno podría haber creído que había sido actriz de verdad, en lugar de una estrella de medio pelo que tuvo un golpe de suerte y se casó con un político asquerosamente rico.

Amelia asintió. Le interesaban muy poco las películas de Lucía, pero su trabajo no consistía en hacer comentarios, sino simplemente en sentarse y mirar. A veces, era sentarse y escuchar. A Lucía le gustaba hablar de las estrellas de cine que había conocido en décadas pasadas o de la autobiografía que estaba escribiendo. Mientras Amelia mantuviera los ojos abiertos y la boca cerrada, obtendría una buena calificación en Friendrr y el pago que le correspondía menos el veinte por ciento de comisión para el agente. Había otras aplicaciones que funcionaban sin intermediario, pero eran menos

fiables. Podías llegar a tu sesión de Friendrr y descubrir que el cliente era un auténtico descarado que no pagaba. La app de Friendrr investigaba a los clientes, pedía depósitos y cobraba más, y esas eran buenas noticias.

La película era corta y confusa, como si la hubieran reescrito a mitad del rodaje. La primera mitad se centraba en un guardián espacial enviado a inspeccionar una estación marciana tripulada por un científico y su encantadora hija. Lucía interpretaba a la hija, que vestía minifaldas plateadas «futuristas». Durante la primera media hora, se desarrollaba como un insulso romance. Pero entonces, unos piratas espaciales, que parecían llevar ropa desechada de una película de la Revolución mexicana, invadían la estación. Los piratas estaban bajo el mando de una reina espacial que, según revelaba el pronunciado escote de su traje, obviamente era malvada.

—Supongo que no se parece mucho al Marte real —reflexionó Lucía—, pero lo prefiero así. El Marte real es soso comparado con el que imaginó el escenógrafo. ¿Has visto las fotos de las colonias?

—Sí —dijo Amelia y, aunque sabía que solo se le pedían monosílabos, continuó—: Quiero ir allí, pronto.

—¿A las colonias marcianas?

Lucía miró a la joven. La actriz se había sometido a varias operaciones estéticas en los años

noventa y su rostro parecía de cera. Pero el tiempo no podía detenerse y hacía mucho que había abandonado los intentos de cirugía, bótox y *peelings*. Lo que quedaba de ella era como el tronco de un árbol muerto. Sus cejas eran inexistentes, dibujadas con aplomo con lápiz color café. Siempre lucía una expresión medio divertida y un collar con el que jugueteaba inevitablemente.

—Bueno, supongo que la gente quiere ir a sitios —dijo Lucía—. Pero esas colonias de Marte parecen tan antisépticas y emocionantes como una caja de toallitas para bebé. Todo es blanco. ¿Quién piensa que el blanco sea un color excitante?

Ese comentario resultaba irónico, ya que la película que acababan de ver era en blanco y negro, pero Amelia asintió. Media hora después, tomó el autobús de vuelta a casa.

Cuando Amelia entró en el departamento, la televisión estaba encendida. Su hermana y su sobrina menor estaban en el sofá viendo un *reality show*. Su otra sobrina estaría en la cama, con el celular. Como había dos recámaras y Amelia tenía que compartir la habitación con una de las chicas, el único lugar donde podía tener un poco de privacidad era el baño, pero cuando se dirigió hacia allí después de un silencioso *hola*, Marta la miró.

—Espero que no estés pensando en bañarte —le dijo su hermana—. Llegó el recibo del agua del mes pasado. Es muy alto.

—Eso es culpa de los del edificio de al lado —repuso Amelia—. Ya sabes que se roban el agua de los tinacos.

—Tardas una eternidad en la regadera. Ni siquiera tienes el pelo sucio. ¿Por qué necesitas meterte a bañar?

Amelia no contestó. Cambió de rumbo, se dirigió al dormitorio y se metió bajo las sábanas. En la otra cama, su sobrina jugaba con el teléfono. Su sonido repetitivo de *bopbop* no le permitía ni dormir ni tener pensamientos coherentes.

2

Amelia llevaba a sus sobrinas a la escuela, lo que suponía un molesto codeo para entrar y salir de un autobús abarrotado, además de maestría para esquivar a los hombres que intentaban tocarle las nalgas. Marta insistía en que había que recoger y dejar a las niñas en la escuela, aunque Karina tenía once años y bien podía tomar el transporte escolar junto con su hermana pequeña sin problemas. Era solo un módico precio por tal privilegio.

Amelia pensaba que Marta le exigía que se encargara de esta tarea como una forma de demostrar su poder.

Cuando Amelia volvió de dejar a las niñas, se dio la ducha que le habían prohibido la noche

anterior. Después, preparó una comida rápida para la familia y la dejó en el refrigerador, otra de las tareas que tenía encomendadas, además de llevar y recoger a sus sobrinas. Una vez más, subió al autobús, apretada entre dos hombres, con el olor a colonia barata taponándole las fosas nasales, y se bajó cerca de la Diana.

Fernanda llegó al restaurante con media hora de retraso. No se disculpó por la tardanza. Se sentó, pidió una ensalada tras leer dos veces el menú y le sonrió a Amelia.

—Conocí a la masajista más excelente —dijo Fernanda. Este era su adjetivo favorito. Tenía muchos y los empleaba con generosidad—. Me quitó el dolor de espalda. Te lo conté, ¿no? Entre los omóplatos. Y la más excelente...

No paraba de hablar. Fernanda y Amelia ya no se veían con frecuencia, pero cuando lo hacían, Amelia tenía que escuchar con toda la paciencia del mundo todas las personas maravillosas, asombrosas y supergeniales que Fernanda conocía, los increíbles fascinantes mega pasatiempos en los que estaba ocupada y los deliciosos fantásticos divinos viajes que había hecho recientemente. Era más o menos la misma dinámica que cuando visitaba a Lucía; la anciana hablaba de sus películas mientras Amelia veía cómo se derretían los cubitos de hielo de su vaso.

La hacía sentirse jodida y molesta, pero Fernanda pagaba la comida y ya le había prestado dinero

en otras ocasiones. Ahora se preguntaba si debía pedirle algo de dinero o morderse la lengua.

Amelia, que por lo regular no bebía en restaurantes (¿quién podía hacerlo con esos precios?), pidió un martini para pasar el rato. Fernanda ya iba por el segundo. Bebía mucho, pero solo cuando su marido no la veía. Era feo, gruñón y rico. El último atributo era el único que le importaba a Fernanda.

—Entonces, ¿qué estás haciendo ahora? —preguntó Fernanda.

Su sonrisa era cegadora y el pelo pintado de un tono rubio que desentonaba dejaba ver sus raíces oscuras. No del tipo de Brigitte Bardot —las sesiones fílmicas con Lucía le estaban dando a Amelia conocimiento de la historia del cine—, sino un color pajizo que no era atrevido, solo aburrido. Todas las mujeres de cierta edad tenían ese color de pelo. Se lo habían copiado a una famosa que tenía un programa nocturno de variedades. Nada de morenas en la tele. La piel pálida y el pelo rubio eran supremos.

—Un poco de esto y de aquello —respondió Amelia.

—¿No estás trabajando? No me digas que sigues haciendo eso tan horrible del amigo de alquiler —dijo Fernanda con cara de sorpresa.

—Sí. Aunque quería preguntarte si no sabes de algo que me pueda convenir...

—Bueno... tu área no es para nada mi línea de trabajo —contestó Fernanda.

No es que Fernanda tuviera un trabajo. Por lo que Amelia sabía, lo único que hacía era estar casada, con las facturas pagadas por el imbécil de su marido. Amelia, en cambio, desde que dejó la universidad, no había hecho otra cosa que trabajar. Una serie de trabajos estúpidos, mal pagados y cada vez más frustrantes. No había trabajos de tiempo completo para alguien como ella. Quizá si hubiera seguido estudiando habría sido diferente, pero cuando su madre enfermó tuvo que dejarlo y convertirse en su cuidadora. Y después, cuando falleció, no pudo recuperar la beca.

—Hago casi de todo —reconoció Amelia encojiéndose de hombros—. ¿Tal vez haya algo en el despacho de tu marido?

—Ahí no hay nada —dijo Fernanda demasiado rápido.

Probablemente había *algo* reservado para los amigos íntimos de Fernanda. Amelia se había contado alguna vez entre esas personas «excelentes». Cuando iban juntas a la escuela, Amelia escribió algunos trabajos para Fernanda y eso la había hecho útil. También había salido con Elías Bertoliat, lo que aumentó su prestigio entre su círculo. Pero eso se había ido al carajo. Él la abandonó, unos dos meses después de que ella dejara la escuela, y regresó a Monterrey.

Amelia estaba más devaluada que el peso mexicano.

Miró la canasta del pan, sin querer posar los ojos en su supuesta amiga. De verdad que no quería pedirle dinero (le hacía sentirse como una mierda), pero claro, esa era la única razón por la que estaba sentada en el restaurante.

—Anastasia Brito podría estar buscando a alguien como tú —dijo Fernanda, rompiendo el incómodo silencio que se había hecho entre ellas.

Amelia frunció el ceño. Anastasia había ido a la misma universidad, pero había estudiado arte mientras Amelia se dedicaba a los sistemas de tierra y alimentos con la esperanza de hacer carrera como agricultora urbana.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Está pasando por una fase. Tiene una exposición de arte en un par de semanas. El tema es «carne», pero dijo que después de eso se va a enfocar en las plantas y va a necesitar las modificadas genéticamente. Podría ser lo tuyo.

En efecto, lo era. Después de que se esfumaran sus posibilidades en la universidad, Amelia había tomado unos cursos breves sobre modificación de plantas en una pequeña escuela. Lo único que pudo hacer con eso fue conseguir un trabajo en una operación ilegal de marihuana. Plantas de marihuana altamente modificadas no sancionables. Pagaban a tiempo, pero Amelia se acobardó después de una

redada. No podías volar a Marte sin un certificado de antecedentes no penales. No quería arriesgarse.

Pili, su amiga, le había dicho que era una idiota. A ella la habían pescado en redadas cuatro o cinco veces. Lo único que hizo fue pagar la multa. Luego, Pili hizo todo tipo de locuras. Vendía su sangre a viejos que pagaban transfusiones caras, pensando que el plasma podría rejuvenecerlos.

—Podría ser. ¿Tienes su número? —preguntó Amelia.

—Justo ahora está en Perú, en un retiro de temazcal para mujeres, ¡genial supergenial! Todo natural, sin contacto con el mundo exterior. Solo meditación. Pero volverá para la exposición de arte. Deberías presentarte. Conozco a alguien en la galería. Pueden ponerte en la lista.

—El temazcal es nahua. ¿Qué hace en Perú?

—No sé, Amelia —contestó Fernanda en tono molesto.

Las objeciones geográficas de Amelia eran claramente inútiles. Suponía que la gente organizaba cualquier retiro que los malditos ricos pudieran permitirse. Samatha tibetano en Brasil, ceremonias de santería en Dublín. ¿A quién le importaba?

—Muy bien, ponme en la lista —dijo Amelia.

Fernanda parecía muy satisfecha de sí misma y, después de todo, pagó la comida. Amelia supuso que lo consideraba su acto de caridad del año. Por su parte, se sintió estúpidamente orgullosa por no

haber mencionado nada sobre un préstamo, aunque iba a tener que pensar en algo pronto.

Amelia recogió a sus sobrinas en la escuela y, tras asegurarse de que se comieron lo que había cocinado, escapó a toda prisa del departamento en cuanto llegó Marta. Esa era la estrategia de Amelia: pasar el menor tiempo posible en casa cuando su hermana estuviera cerca. Marta hacía que la habitación se sintiera más pequeña y el cuarto de Amelia, ya de por sí, parecía del tamaño de un cajón de escritorio.

Amelia odiaba dormir en la misma habitación que compartía antes con Marta, que se había mudado al dormitorio principal que su madre había ocupado. Cada noche, contemplaba los muros que miraba desde niña. En la cabecera todavía quedaban restos de calcomanías que pegó años atrás. En una esquina, había marcas borrosas que había hecho con crayolas.

No es que fuera una situación inusual. Los jóvenes mexicanos, sobre todo las mujeres, solían vivir en casa de sus padres. Hoy en día, con la crisis económica, hasta la gente más cosmopolita vivía en grupos durante largas temporadas. A sus veinticinco años, Amelia no era diferente de sus compañeros, pero seguía odiando su situación. Tal vez si hubieran tenido un departamento más grande no hubiera sido tan molesto, pero era pequeño,

en un edificio en mal estado: una unidad financiada por el gobierno, moderna en un momento en que un presidente había tratado de ganar puntos de popularidad en ese sector de la ciudad. Estaban en una de las cuatro torres idénticas construidas en estilo brutalista, con énfasis en lo bruto. Un patio interior las unía. A los adolescentes aburridos les gustaba reunirse allí mientras que otros custodiaban el vestíbulo.

Amelia detestaba todo el complejo y huía de él cada día. Pasaba horas recorriendo varias cafeterías. Era todo un arte. Las franquicias utilizaban quioscos para vender café y pan insípido envuelto en plástico. Pulsabas un botón y salía tu comida. Eran lugares terribles para sentarse por mucho tiempo. Como todo estaba automatizado, el trabajo de uno o dos idiotas del personal consistía en limpiar las mesas y hacer que la gente entrara y saliera lo antes posible. Hacían cumplir con disciplina marcial la norma de una hora por cliente como máximo.

Amelia saltaba entre dos lugares, a tres manzanas uno del otro. Uno era un café y el otro una crepería. Estaban en una calle decente, lo que significaba que ambos tenían un guardia armado en la puerta. ¿Pero quién no? Cualquier Sanborns o Vips tenía al menos uno, y los cafés similares empleaban aunque fuera un guardia de medio tiempo en las horas más concurridas del día para mantener

alejada a la gentuza. De lo contrario, los dueños de los locales tendrían que espantar a esa gente que se ofrecía a recargar los teléfonos conectándolos a pequeñas baterías o a extraños tramposos que vendían tarjetas telefónicas de recarga más baratas que los proveedores de telecomunicaciones legales. También podrían colarse vendedores ambulantes de servicios y productos para disgusto de los licenciados con traje y corbata, las jóvenes con huipiles de diseño a la moda y las madres apoyadas en sus carriolas ultraligeras de lujo.

Amelia entró en la cafetería, pidió un café solo (el más barato del menú) y, con el código wifi del día en la mano, se conectó a la red y empezó a leer. Primero, las noticias sobre Marte, luego, artículos de botánica. Después se puso a ojear al azar. Cualquier cosa, desde noticias sobre famosos hasta estudiar inglés o mandarín. Esos eran los idiomas predominantes en Marte, además del alemán, en un distante tercer lugar. Pero después de seis entusiastas meses tratando de entender alemán, se había dado por vencida. Lo mismo le ocurrió con el mandarín. El inglés lo hablaba bastante bien, como cualquier niño mexicano que hubiera ido a una buena escuela.

También había renunciado a buscar trabajo. Cuando actualizó su currículum, se tomó nuevas fotos para acompañarlo. Con el pelo negro recogido, Amelia parecía una empleada dócil. Pero con

sus estudios interrumpidos, lo que debería haber sido un título impresionante de una buena universidad no era más que basura. Y cada vez que miraba su currículum, le enojaba verse reducida a un montón de mediocridad:

Edad: 25 años.

Estado civil: soltera.

Trabajo actual: independiente.

Independiente. Eufemismo para *desempleada*. Porque sus trabajitos no contaban. No se podía poner «amiga profesional» en un currículum, como tampoco «abrazadora profesional». Dios sabía que también había quienes se dedicaban a eso, contratándose para abrazar a la gente. Recordaba haber visto un anuncio que explicaba que «el 99 % de los clientes son hombres». Carajo, no.

Independiente, entonces. Exalumna universitaria, exalguen. Sus solicitudes de empleo desaparecieron en otra dimensión, engullidas por la computadora hasta que simplemente dejó de intentarlo. Vivía de chambitas, primero lo de la marihuana, luego trabajos esporádicos. Durante los dos últimos años, las reservaciones de Friendrr habían sido su único ingreso.

Independiente. Una mierda.

Ya no más currículums. Amelia se concentraba en Marte, jugaba videojuegos en su teléfono, dibujaba formas geométricas en las servilletas, luego tréboles para la suerte y estrellas por costumbre.

Cuando supo que había pasado demasiado tiempo en la cafetería, se pasó a la *crêperie*, donde repitió el proceso: café solo y otro par de horas perdidas en tareas mundanas.

Cuando terminó, tomó el metro de vuelta a casa. Siempre era lo mismo.

Esa noche, una mujer abordó el tren de Amelia y comenzó a pedirle a la gente unos cuantos tajaderos, la criptomoneda más popular que se usaba desde que el peso era una porquería, que subía y bajaba de valor más rápido que un adicto bailando *jitterbug*. Bastaba pegar un teléfono contra otro para transferir tajaderos entre cuentas. Algunas personas lo hacían, pero, aunque la señora fuera vieja y más bien lamentable, Amelia no podía escatimar ni un sucio peso.

Para ser francos, bastarían un par de malas pasadas y Amelia estaría mendigando en el metro justo al lado de la anciana.

Las puertas del vagón se abrieron y Amelia salió corriendo. En las paredes del vestíbulo había pantallas de video que iban de piso a techo. Una mujer rubia bailaba en ellas. «Carne radiactiva», decía, con las letras superpuestas sobre su imagen. «Una nueva colección». Un tatuador estaba sentado junto a uno de estos paneles de video. Estaba allí cada pocos días, tatuando ondas sonoras en los brazos de la gente. Un fragmento de tu canción favorita entintado en tu carne. Con el golpe de un escáner, la melodía sonaría.

Al principio, Amelia no podía creer que el tipo llevara por la ciudad un equipo como ese, no porque fuera voluminoso, sino porque pensaba que se lo podrían robar. Pero el hombre era bastante corpulento y su sonrisa desdentada era una advertencia.

—Oye, te hago un descuento —le dijo el hombre, pero ella negó con la cabeza, como de costumbre.

Amelia tomó la salida este, poco frecuentada por las pandillas. Tuvo suerte: no se veían por ninguna parte. Ahora tenía que elegir, o seguir el camino más corto, lo que significaba atravesar el patio y encontrarse con los jóvenes patanes que estarían bebiendo allí, o tomar el camino largo alrededor del perímetro del complejo.

Amelia eligió el camino corto. En el centro del patio había una fuente seca llena de basura. Alrededor holgazaneaban los adolescentes de los edificios. No eran miembros de bandas, solo holgazanes profesionales especializados en poner música a todo volumen y gritar alguna que otra obscenidad a cualquier chica que pasara por allí.

Aunque los jóvenes no tenían nada que ofrecer salvo, quizá, cigarrillos y una botella de alcohol barato, cuando Amelia era adolescente, los miraba con curiosidad. Parecía que se la pasaban bien. Sin embargo, su madre le prohibió cualquier contacto con ellos. Insistía en que Amelia estaba destinada a cosas más grandes y mejores. Marta era una causa perdida. Se había embarazado el último año de

bachillerato y se había casado con un tipo que la abandonó al cabo de unos años. No importaba. Marta no tenía grandes dotes intelectuales. Había reprobado alguna materia y apenas había terminado la preparatoria en línea. Pero Amelia era una estudiante sobresaliente. No podía perder el tiempo aplastando latas de cerveza con esos muchachos.

Amelia se creía esa narrativa. Cuando su madre se enteró de que iba a salir con un buen chico de la universidad, estaba extasiada. Elías Bertoliat, con su piel pálida y sus ojos claros y su lujoso coche, parecía el príncipe de un cuento de hadas. Cada vez que Amelia sacaba a tema la idea de Marte, su madre le decía de inmediato que Marte era improbable y que debía centrarse en casarse con Elías. Cuando él rompió con Amelia, su madre insistió en que volverían a estar juntos.

Al ver a los chicos dando de patadas a una lata de cerveza y riéndose, Amelia se preguntó si no habría sido mejor irse de fiesta con ellos cuando tuvo la oportunidad. Si estaba destinada a ser una perdedora, al menos podría haber sido una perdedora que se hubiera divertido, que hubiera cogido con mucha gente y hubiera disfrutado de su juventud mientras duró.

Miró a las muchachas sentadas que platicaban cerca de la fuente, en calcetas y *shorts*, con pesadas cadenas colgando contra sus pechos, uñas largas y mucho maquillaje. Entonces, uno de los chicos gritó y otro le siguió.

—¿A dónde vas? Aquí tengo algo para ti, macita.

Carcajadas. Amelia miró de frente. No tenía sentido darse por aludida. La débil fantasía de que alguna vez hubiera disfrutado de pasar tiempo con ellos se desvaneció.

Llamaban *sol* a los días en Marte. 24 horas, 39 minutos y 35.244 segundos suman un sol. Tres por ciento más corto que un día en la Tierra. Se lo recordó a sí misma. Era importante centrarse en lo que importaba, en los hechos. Podían gritar: «¡Enseñame el chocho!» y pedirle que se las chupara, pero ella no hacía caso.

Cuando llegó a su edificio, subió los cinco tramos de escaleras hasta su departamento; el elevador siempre estaba descompuesto. Un perro correteaba por el largo pasillo que conducía a su puerta. Muchos inquilinos tenían mascotas y algunos las dejaban vagar a sus anchas, como si el edificio fuera un parque. Los animales defecaban en las escaleras, pero también mantenían alejados a los indigentes. Los que custodiaban la entrada en el piso de abajo también proporcionaban cierta seguridad.

Amelia se detuvo ante la puerta, sacó las llaves del bolso y se quedó quieta. Podía oír el diálogo de la televisión, amortiguado pero lo bastante alto como para distinguir algunas palabras. Amelia entró.

—Veamos qué hay detrás de la puerta número uno
—gritó el locutor de televisión seguido de aplausos.